



"El otro señor Klein", de Joseph Losey.

cialmente a unos cuantos. Creer estar al margen de ella (o, más aún, aprovecharse económicamente de ella, como hace el señor Klein de la película) no es sino ahuyentar falsamente un problema que, de una u otra forma, acabará plantándose en sus auténticos términos. Así pues, el señor Klein, a través de una parábola fantástica, pero no inverosímil, acabará convirtiéndose en aquel ser que él ha explotado, porque la ley, injustamente, lo marginaba. El señor Klein será una víctima más de la represión como, sin él saberlo, lo era también cuando jugaba el papel de privilegiado.

La fascinante y lúcida historia que Joseph Losey narra en esta película es una de las más directas que se haya planteado nunca en su cine. Quizá haya errado un tanto en el tono narrativo. Es probable que la tremenda frialdad de su lenguaje no coincida con los momentos de apasionamiento que vive de nuevo el cine. Es decir, cuando el cine político es cine de militancia, o cuando, como ocurre ahora en España, se precisa una definición clara y rotunda de la realidad, las meditaciones elitistas de Losey pueden parecer lejanas, e incluso lo sean en un aspecto inmediato. En este sentido, podía reprocharse a "El otro señor Klein" una ausencia de oportunidad, lo que vendría a significar una ausencia de sensibilidad ante el momento exacto del presente. Faltaría para ello una tensión dramática, incluso una complicidad sentimental, que removiera violentamente al espectador en su butaca: una clarificación que comprometiera, de acuerdo a los cánones expresivos del momento. Y pienso, por ejemplo, en Bertolucci...

Pero es injusto, o cuanto menos anticuado, querer juzgar una película por sentimientos o

por sensaciones. Losey continúa observándose y comprometiéndose con todos nosotros. "El otro señor Klein" es un espléndido ejemplo de ello. Aunque falle el espectáculo y la imprevisible actualidad. ■ D. G.

TEATRO

Ricardo Monti, premio Arniches

Uno estaba dispuesto a escribir sobre el Arniches, después de intervenir como jurado en su XII edición, más o menos lo ya escrito con ocasión del fallo de otros premios recientes: que la nueva situación exige de los premios teatrales un importante reajuste, que ya no basta con dar testimonio de la existencia de ciertos textos críticos de interés y, las más de las veces, bloqueados por la censura y por las condiciones de nuestra vida teatral, que se acerca, en fin, la hora de exigir que tales obras —y en lograrlo han de cumplir un importante papel las entidades que convocan los premios— suban a los escenarios y afronten su cita creadora con la sociedad española... O, si quiera, con el medio inmediato, con el público y los grupos teatrales de la ciudad donde el premio se falla, para que realicen así una saludable función de estímulo y se acabe con la imagen de la obra eternamente secreta y elegida por unos cuantos "especialistas" llegados de Madrid o Barcelona.

En realidad, este tipo de argu-

mentaciones han aparecido reiteradamente como sugerencias del Jurado en muchas de las actas del Arniches. Pero el momento exige más que la simple sugerencia, quizá porque si antes nadie podía cargar sobre las espaldas de las entidades o corporaciones que convocaban los premios el fardo de limitaciones que impedían ir más allá de la libre selección de un texto, hoy la representación de tales textos constituye uno entre los muchos factores viables que deben cambiar la imagen conformista y rutinaria de nuestros escenarios. Y, también, la imagen "centralista", suscitando, por contra, la idea de que cada premio constituye una —entre otras— plataforma descentralizadora, un compromiso de quienes lo convocan con su ciudad.

En este sentido iba a ser mi comentario. Pero, aun sin modificar ninguna de las consideraciones generales previstas, el premio ha propuesto un dato nuevo: la presencia entre los autores finalistas de un par de dramaturgos latinoamericanos, según podía deducirse —puesto que el nombre y el origen de los autores permanecía escondido bajo el secreto de las plicas— de la lectura de los textos. Concedido, por mayoría, el premio a la obra titulada "Visita" y abierta la correspondiente plica, el autor resultó ser el argentino Ricardo Monti, un destacado dramaturgo de aquel país, autor, entre otros textos, de "Magnus y sus hijos", que montó en España el grupo venezolano Rajatabla, bajo la dirección de Carlos Jiménez. El dato es significativo y se inscribe dentro de la actual y yo diría que nueva relación entre el teatro latinoamericano —especialmente el argentino— y el español; relación que inquieta a más de uno a nivel puramente laboral, que otros atacan o defienden en función de la personalidad política de los nombres incorporados, pero cuyas consecuencias —más allá de los problemas inmediatos— habrán de ser, como toda confrontación, enriquecedoras. El ver un nombre como el de Ricardo Monti entre los ganadores de un premio como el Arniches ratifica que, en efecto, la tragedia política del Cono Sur ha situado a España en el horizonte de los hombres de teatro de América Latina como quizá nunca lo estuvo hasta ahora.

En otras épocas, una ciudad como Buenos Aires sí estuvo en la mente de nuestros autores y de nuestras compañías, hasta el

extremo de mantener —apoyados por el idioma y la antigua vinculación colonial— una marcada influencia, tan artísticamente discutible como prácticamente innegable, sobre la vida teatral de las grandes capitales de América Latina. Podría decirse —y esto será bueno que no lo olviden nuestros nacionalistas— que la actual incidencia del teatro argentino sobre el teatro español, es, después de las citadas etapas y de cuanto supuso el exilio del treinta y nueve, su primer encuentro sobre nuestros escenarios, necesitado de un ajuste que acabe tanto con la fatuidad de que un pequeño sector bonaerense —pero qué "europeos" son algunos argentinos y qué poco entienden los términos generales de nuestra historia, de nuestra situación y de nuestra lucha teatral "tercermundista"— como con el lógico recelo que suscita en los nacionales cualquier llegada masiva de extranjeros.

El premio en valenciano recayó sobre la obra "El cólera dels deus", escrita por Josep Lluís y Rodolf Sirera, dos nombres ya importantes en la dramaturgia del país. En las dos ocasiones anteriores —ésta es la III edición del premio en valenciano— el galardón recayó sobre autores residentes en Barcelona. El que esta vez la plica haya revelado el nombre de los hermanos Sirera quizá prueba que el premio ha estado un poco más cerca de su objetivo: estimular, en tanto que premio alcantino, el desarrollo de un teatro del país valenciano. ■ JOSE MONLEON.

Un homenaje a Miguel Hernández

El acto —celebrado en Puente Cultural, con una asistencia que llenó totalmente la sala— tenía una doble finalidad: dar a conocer la obra "El tornillo", del autor Manuel Muñoz Hidalgo, y homenajear la figura de Miguel Hernández. La relación entre ambos objetivos no era caprichosa porque la obra en cuestión está dedicada "al poeta Miguel Hernández y a todos los que a su igual padecen cárcel y persecución" y su acción dramática consiste en una interpretación libre de los últimos días del escritor en la prisión de Alicante.

Luego, el primer objetivo se cubrió a medias, porque una lectura es siempre una forma limi-